

DE MAPAS Y BRÚJULAS PARA DESCIFRAR LA OFENSIVA DEL
LIBRE COMERCIO CONTRA LAS BASES DE LA SUBSISTENCIA
CAMPESENA Y LOS ÁMBITOS COMUNES.

*¡NO TOQUEN NUESTRO MAÍZ! EL SISTEMA AGROALIMENTARIO
INDUSTRIAL DEVASTA Y LOS PUEBLOS RESISTEN,*
MÉXICO: GRAIN Y EDITORIAL ITACA, 2014, 322 P.
ISBN: 978-607-7957-69-0

Alejandra Aquino

Este libro es a la vez un mapa y una brújula: Un mapa porque cartografía los múltiples agravios sufridos por diferentes comunidades campesinas a lo largo y ancho del país, así como sus resistencias; todo, en un contexto de regulación neoliberal que ha desatado mucha violencia. Una brújula, porque nos ofrece numerosas coordenadas analíticas que nos permiten no perdernos en el intento de comprender cómo funciona esta máquina de agravios y violencias llamada libre comercio, cómo se expresa en nuestras vidas, quiénes son los responsables, pero también, qué están haciendo los pueblos para defenderse de esta.

La fuerza del libro reside en que condensa reflexiones que hacen los propios pueblos objeto de los agravios desde sus experiencias de lucha y resistencia. Como parte de estos procesos de lucha, muchos pueblos que han vivido en carne propia las consecuencias del libre comercio decidieron juntarse a reflexionar y a sistematizar lo vivido en el marco del Tribunal Permanente de los Pueblos (TPP), que estuvo funcionando en México de 2011 a 2013.

El TPP es un tribunal ético de conciencia, autónomo, ciudadano, que abre la posibilidad de que la población se junte para sistematizar sus agravios y presentar un diagnóstico organizado de las

violaciones de sus derechos ante los jueces del tribunal, que son personas con autoridad moral y con el conocimiento necesario para revisar la pertinencia y la veracidad de lo que presentan los pueblos.

El capítulo México del TPP fue denominado: “Libre Comercio, Violencia, Impunidad y Derechos de los Pueblos en México”, ya que existen suficientes evidencias para mostrar que el libre comercio es el centro de una dinámica de violencia sistémica en contra de la población, cuyos derechos quedan sometidos a los intereses económicos de la clase política y de la clase empresarial nacional y extranjera (p. 44).

Esta violencia se ha expresado de muchas formas y ha tenido como blanco a diferentes sectores de la población. Para dar cuenta de todas las formas bajo las que se expresa la violencia ocasionada por el libre comercio, tuvieron lugar siete procesos dentro del Tribunal; por ejemplo, sobre la violencia de género, la violencia contra periodistas, la violencia contra los migrantes, la violencia contra los trabajadores y sus organizaciones, entre otros.

Este libro recoge el proceso sobre la violencia contra la vida campesina y los ámbitos territoriales de los pueblos indígenas. Si intentamos resumir su contenido en una frase, podríamos decir que el libro documenta el ataque brutal del libre comercio a las bases de la subsistencia campesina y a los ámbitos comunes. Y esta idea representa una de las principales coordenadas para comprender desde una perspectiva estructural los objetivos ocultos de las políticas neoliberales.

Si se observa con atención, detrás de todos los agravios denunciados en el libro está la mano del Estado mexicano y de las corporaciones, realizando acciones sistemáticas para impedir que la gente gestione su entorno material y subjetivo, y resuelva por medios propios algo tan fundamental como la producción de sus alimentos, en sus territorios, bajo sus propias formas y conocimientos, y en el marco de un horizonte de justicia plena (p. 48).

Como se explica en el libro, el desmantelamiento de las bases de la subsistencia se ha hecho a partir de diferentes modalidades de despojos, las cuales resultan en otras coordenadas importantes para comprender las estrategias ocultas del libre comercio:

- a) Se despoja a los campesinos de su territorio.
- b) Se les despoja de sus conocimientos.
- c) Se les despoja de la convicción de que la siembra es la base de la vida.

EL DESPOJO DE SUS TERRITORIOS

El libro muestra claramente que las políticas neoliberales están encaminadas a destruir los territorios, mediante procesos de fragmentación, privatización, explotación y contaminación. Todo lo cual es gravísimo porque el territorio es el espacio de lo común, y es la base fundamental de la subsistencia, la reproducción social, la espiritualidad y la continuidad civilizatoria de un pueblo.

Este desmantelamiento comenzó en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), quien se dedicó a promover e implementar las llamadas reformas estructurales dictadas por los grandes organismos internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional) y las empresas. Las reformas incluían la destrucción de todas las leyes que promovían derechos colectivos y protegían ámbitos comunes.

El embate más brutal contra el territorio fue la contrarreforma al Artículo 27, que abrió la posibilidad de ejercer propiedad individual sobre lo que antes era común, y de vender y comprar la tierra colectiva; es decir, despojaron a la tierra de su carácter de inalienable, imprescriptible e inembargable.

Este despojo continúa ahora con gran intensidad: acaban de pasar la reforma energética –y ahora, la legislación secundaria propuesta por la Comisión Nacional del Agua (Conagua), avalada por los grupos parlamentarios de los partidos Revolucionario Institucional (PRI), Acción Nacional (PAN) y Verde Ecologista de México (PVEM), está hecha para dar certeza jurídica a las empresas que tienen concesiones para la explotación, uso y aprovechamiento del agua como Coca Cola y Nestlé.

EL DESPOJO DE SUS CONOCIMIENTOS COMO OTRO ÁMBITO DE LO COMÚN

Con respecto al despojo y exterminio de los conocimientos comunitarios, el ejemplo más brutal es la introducción de maíz transgénico y de todo el conjunto de marcos jurídicos de propiedad intelectual e industrial que benefician a las grandes corporaciones.

Estos marcos jurídicos que acompañan la introducción de los transgénicos buscan dar certeza jurídica a las grandes corporaciones agroindustriales mediante títulos agrarios, derechos de propiedad intelectual, derechos de patentes, etc. (p. 51). En el fondo, lo que hacen es llevar al límite la privatización, porque se intentan privatizar la vida misma, o sea, la semilla, que es la base de una matriz civilizatoria, que concentra una infinidad de conocimientos y prácticas comunitarias.

Además, las leyes que acompañan a los transgénicos criminalizan prácticas y conocimientos ancestrales como la selección, la custodia, el mantenimiento y el intercambio libre de semillas campesinas, prácticas y saberes que tiene un valor invaluable para la humanidad (p. 67).

Por todo lo anterior, una de las conclusiones del libro es: La introducción de los transgénicos representa el ataque más amplio contra la subsistencia, la soberanía alimentaria y los derechos a la autonomía de los pueblos. Sobre todo, por constituir un ataque intencional; pues si el discurso público del Estado y de las multinacionales asegura que los transgénicos terminarían con las hambrunas, es evidente que el objetivo real es evitar la producción independiente de alimentos, erradicar una forma de vida propia de los pueblos originarios y campesinos, y fomentar la dependencia y el control de las corporaciones semilleras/agroalimentarias.

Es importante señalar que la resistencia de los pueblos contra la invasión transgénica continúa impidiendo, hasta el momento, que se concrete la contaminación del maíz que inundaría el país, de aprobarse los permisos de siembra comercial de maíz (p. 9).

EL DESPOJO DE LA CONVICCIÓN DE QUE VALE LA PENA SEGUIR SIENDO CAMPESINOS

Una tercera forma de despojo que permite devastar las bases de la subsistencia campesina es el de las subjetividades más profundas de los pueblos; por ejemplo, de la convicción de que vale la pena seguir siendo campesinos. Esto muchas veces se refleja en el sentimiento que tienen algunos jóvenes sobre que en sus pueblos no hay futuro y de que la única salida es la migración. Un joven de Yalalag, al preguntarle que por qué había emigrado, explicaba:

En Yalalag no hay futuro, digo yo, bueno para mí, no hay; por eso, mejor en la ciudad andaba yo buscando [...]. Yo hacía huaraches, antes de hacer huaraches iba al campo, anduve un rato ayudando a hacer pan, quería tener algo, un oficio, pero ahí vi que no dio resultado, entonces me fui a la ciudad de Oaxaca. Ahí estuve estudiando un rato y terminé mi secundaria, trabajé como plomero, pero tampoco funcionó, estaba viendo cómo era la vida ahí y entonces dije “me meto a ser soldado porque no encuentro otro oficio qué hacer”, pero mi mamá no quiso [...], y fue entonces cuando ella me dijo que me fuera a los Estados Unidos. Cuando vine para acá tenía 17 años, ahorita acabo de cumplir 20 (Joven zapoteco de Yalalag, 2006, entrevista Alejandra Aquino).

El Estado neoliberal ha creado las condiciones estructurales para que los jóvenes campesinos sientan que no pueden tener un futuro en sus pueblos. Es decir, para que sembrar resulte completamente inviable desde una lógica económica y para que sea materialmente inaccesible y poco deseable para muchos jóvenes.

Para eso, fue indispensable la firma del TLCAN entre México y Estados Unidos, ya que este tratado comprometió el retiro de los apoyos estatales a la producción campesina y la liberalización de todo el comercio agrícola y agroalimentario en un plazo de catorce años 1994-2008 (p. 49). En este aspecto, es evidente que los trata-

dos de libre comercio funcionan como el marco operativo en el que se aplican las políticas estructurales a favor de las corporaciones y en detrimento de la población.

Las acciones concretas que han desalentado la autoproducción de alimentos en el campo son varias, entre éstas, destacan:

- La llegada de maíz a las comunidades a un precio mucho menor.
- El fin del reparto agrario, que dejó a miles de jóvenes sin la posibilidad de acceder a la tierra.
- La dependencia de agroquímicos que se generó durante la revolución verde, cuando se trató de subordinar la agricultura a los agroquímicos.
- La inexistencia de apoyos a la producción independiente de alimentos.

Todo esto se refleja claramente en la vida cotidiana de la gente, y alienta el abandono del campo. Otro joven de Yalalag advierte:

Ser autosuficiente en nuestros alimentos no es una cosa sencilla, es muy difícil decidirse a sembrar, porque cuando tú siembras, metes un capital que es mucho para ti, pero no sabes si lo vas recuperar, no sabes cómo va a estar el tiempo, si va a llover, si no va a llover. Entonces te preguntas: ¿Perderé mi capital o no lo perderé? Además, tú sabes de antemano que el maíz que vas a producir va a ser tres o cuatro veces más caro que el que viene de fuera, que viene de Estados Unidos (joven zapoteco de Yalalag, 2005, entrevista Alejandra Aquino).

Otro joven comenta:

Yo paré de sembrar porque se me dificultó mucho por varias razones. Primero, porque no encontraba gente para trabajar conmigo, ya nadie quiere trabajar el campo y hemos perdido la *gotzona*. Además, está saliendo muy caro sembrar, ¡demasiado caro! Por ejemplo, si tú compras el maíz que vende el gobierno, que es un maíz de mala calidad, te sale bien bara-

to, lo venden a 2.5 pesos el kilo. En cambio, el maíz criollo que producimos nosotros viene saliendo como en unos 6 ó 7 pesos el kilo, entonces sí es una super diferencia (Javier, Yalalag, 2005, entrevista Alejandra Aquino).

Si bien el Estado ha logrado convencer a mucha gente de que no vale la pena seguir siendo campesino, muchas personas mantienen firme esta convicción y siguen pensando que la autonomía primera es sembrar los propios alimentos, y que sólo partiendo de ahí es posible emprender la defensa integral del territorio (p. 21). En Oaxaca, desde que las comunidades empezaron a demandar autonomía y autodeterminación, ya señalaban que la autosuficiencia alimentaria era la base principal para ejercer su derecho a la autodeterminación. Y aunque muchos jóvenes se han ido, quedan otros dispuestos a seguir defendiendo el maíz. Otro muchacho de Yalalag afirma:

Yo ya entendí que un campesino nunca llega a recuperar lo invertido porque la siembra de maíz no es un negocio, no es un comercio, no es una tienda, sino que tú lo haces por gusto, por conciencia. Tú lo haces porque vas a tener qué comer, te conformas con ir a traer guías y flores de calabaza de la milpa, te conformas con ir a traer la semilla de la calabaza, te conformas con ir a traer unos elotes cuando hay, eso lo único que te da, te da tu alimento, pero eso es mucho, te da lo que otras personas no pueden consumir. Pero no puedes hacer un negocio en el campo porque no resulta, no sale. Por eso mi parcela y mi huerta no la veo como un negocio, sino que yo lo estoy haciendo por conciencia (Lalo, Yalalag, 2011, entrevista Alejandra Aquino).

LOS EFECTOS Y LOS BENEFICIADOS

Los principales beneficiados cuando se devastan las bases de subsistencia campesina y se impide el crecimiento de una producción

independiente de alimentos, son las empresas trasnacionales, pues les permite apoderarse de toda la cadena alimentaria, desde la propiedad de la semilla, pasando por el acaparamiento de la tierra, los recursos del territorio, hasta los canales de comercialización de los supermercados (p. 21). Y esto no sólo afecta al mundo campesino, sino que pone en peligro la subsistencia de la humanidad, ya que en un contexto de tan extrema dependencia sólo comerá el que tenga con qué pagar.

Finalmente, en el libro se señalan los efectos que ha traído para la gente el ataque a la subsistencia y a los ámbitos comunes.

- Desnutrición.
- Desempleo.
- Deterioro ambiental (causado por los transgénicos, pero también por el alejamiento del punto donde se producen los alimentos del punto donde se consumen).
- Narcotráfico.
- El mayor desgarramiento del tejido social en la historia.
- Desmantelamiento de los mercados locales en aras de los grandes acaparadores de alimentos y las grandes cadenas de super mercados.
- Migración.

Para concluir, me parece importante recuperar una frase de la Red de defensa del maíz que me parece muy sabia: “Sólo se puede defender el maíz si se sigue sembrando, si se defiende la vida plena de las comunidades que lo han cuidado, si se defienden los territorios desde donde los pueblos, comunidades y agricultores siguen impulsando cuidados y reciprocidades con el entorno y entre sí” (p. 9).

¿Cómo le hacemos nosotros, que estamos en la ciudad, para contribuir con la defensa del maíz y, en general, de todos los ámbitos de lo común? ¿Es posible pensar en reconquistar nuestra autosuficiencia alimentaria o por lo menos minimizar nuestra dependencia del mercado?